

Los nombres tienen poder. Todos lo sabemos. Y los nombres de las brujas siempre han sido más poderosos que los de los humanos, pues contienen su esencia y su magia.

# *La* ÚLTIMA BRUJA

«Si te gusta *Juego de Tronos* y Neil Gaiman, te fascinará este sueño de aventura, terror y magia del que no querrás despertar.»

EDUARDO NORIEGA



*Mayte Navales*



ALMUZARA

MAYTE NAVALES  
LA ÚLTIMA BRUJA

© MAYTE NAVALES, 2016  
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2016

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • NOVELA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ  
Edición de ÁNGELES LÓPEZ  
Diseño, maquetación: JOAQUÍN TREVIÑO  
Conversión: ÓSCAR CÓRDOBA  
[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)  
[pedidos@editorialalmuzara.com](mailto:pedidos@editorialalmuzara.com) - [info@editorialalmuzara.com](mailto:info@editorialalmuzara.com)

Síguenos en redes sociales en @AlmuzaraLibros  
Youtube · Facebook · Twitter · Instagram

ISBN: 978-84-16776-94-8

*Para Miguel*

## Parte I

## 1

La mujer se alisó el cabello, negro como el de un cuervo, hasta dejar que rozara su espalda de gata. Satisfecha, se contempló en el espejo: botas de tacón negro hasta la rodilla, caderas de serpiente enroscadas en vaqueros muy ajustados. Labios rojos y grandes; pechos carnosos, turgentes. Tez blanca. Ojos verdes cubiertos por una sombra alargada y negra para emular a las antiguas reinas de Nubia. No, definitivamente no aparentaba más de treinta años.

La caravana estaba desordenada, llena de cachivaches. Frascos, huesos, brebajes, sedas, piedras, esferas de colores y mazos de cartas se desparramaban por los estantes de la *roulotte* como los tesoros acumulados de la cueva de un dragón.

Quizás debiera dormir. Era tarde y al día siguiente le tocaba doble función. Sus compañeros ya descansaban, pero ella tenía malos sueños. Niños quemados en hogueras. Así que, sin pensárselo demasiado, agarró las llaves de su viejo *volkswagen* escarabajo, dio un último trago a su lata de cerveza y descendió las escaleras de la caravana sin hacer ruido. Cerró con llave y, con una piedra blanca recogida del suelo, dibujó un símbolo cruzado en la puerta. Nunca se sabe qué enemigos pueden quedar ahí fuera.

Las luces de la ciudad relucían desde el otro lado de la colina. Era más de medianoche. Desde el campamento, situado a veinte kilómetros del centro urbano, se vislumbraban los rascacielos que guardaban la entrada a la metrópoli. Colosos de cristal que vigilaban un mundo.

Tardó media hora en llegar al centro. No le gustaban las ciudades modernas ni las capitales, detestaba las grandes avenidas y los edificios de cristal tanto como tiempo atrás

aborreció las calles enfangadas de barro y orines. Además, todas las ciudades del mundo conservaban calles y edificios que se mantenían en pie con ladrillos que una vez brillaron con el rojo de la sangre recién derramada.

Aparcó el coche y, con tranquilidad, caminó entre los turistas. Varios hombres la silbaron, pero ninguno despertó su apetito. Sin apresurarse, tomó asiento en una cafetería con ventanales a la calle que permitían acechar a los viandantes. Una vieja leona apostada entre matorrales, eso era ella.

Un chico rubio de cabello rizado y labios gruesos alumbraba la noche sentado sobre una barandilla. Era joven y musculoso. Rondaba los veinte años y contemplaba el mundo con ojos rasgados, profundos y verdes. ¿Verdes? No. ¿Azules? No. Un ojo de cada color. ¿Dónde había visto esos ojos antes? ¿Acaso le conocía? No. Y entonces recordó. Vojkan. «No, no es Vojkan —se dijo a sí misma—, tan sólo me recuerda a él».

El joven fumaba un cigarrillo y sonreía a las chicas mientras los jirones del humo de su cigarro se perdían en la noche como serpientes en la maleza. Ellas, vestidas con minifaldas minúsculas y tacones kilométricos, le devolvían la sonrisa y le retaban a seguirlas. De sus muñecas colgaban bolsas de plástico que tintineaban con el entrechocar de vidrios ocultos.

Y cuando el muchacho de la barandilla dio un trago a su cerveza, las nubes que rasgaban los cielos se apartaron para permitir que la luna llena lo iluminara. Bajo su luz, el joven resplandeció en la noche con el añil de los lirios del agua, de las clemátides, de las campanulas, muscaris y lobelias. No eran las luces de neón ni los faros de los coches lo que provocaban el aura azulenca que lo rodeaba, no. La mujer se llevó la mano al rostro y con dedos trémulos se mordisqueó las uñas. «Ahora les llamaban niños índigo», pensó. Pronto la Tierra completaría otra vuelta, entrando en una nueva Era. Los mayas, los incas y todos los antiguos chamanes hablaron tiempo atrás de una edad que se

caracterizaría por el regreso de los niños de aura azul. Quizás fuera ésta, después de todo. En los últimos años había encontrado muchos más jóvenes de aura azul que en toda su vida.

El muchacho saltó con agilidad de la barandilla y se unió a un grupo de adolescentes que corrían entre las callejas. Los chicos vestían chaquetas y pantalones holgados, las muchachas mostraban sus ombligos, hombros y pechos como si sus cuerpos fueran inmunes al viento. Ninguno tendría más de veinte años. Bebían latas de cerveza que se pasaban de unos a otros entre risas.

La mujer les siguió.

Atravesaron una plaza rodeada de jardines donde otra veintena de jóvenes, ocultos bajo olivos y protegidos por estatuas ecuestres, se embriagaban y retozaban sobre el césped. Pero el grupo al que ella seguía no se detuvo allí. Dejaron atrás el parquecillo, encaminándose a una zona más amplia.

El Palacio Real se alzaba a la izquierda, majestuoso. Allí cerca se extendía un bosque con un lago profundo cuyos pinos y robles se desplegaron hacia las montañas. Sí, la energía de la Tierra la embriagaba. A pesar de que aquél no era un bosque primigenio —pocas florestas permanecían vírgenes e intocables—, todavía podía sentir la fuerza que manaba de su interior. La mayoría de los bosques habían sufrido el dolor del hacha, el hierro y el fuego. Pero no todos. Todavía quedaban árboles de poder en el mundo.

Respiró con profundidad, inhalando el aroma de los pinos. Después, continuó en pos del muchacho de aura azul.

Tras subir una pequeña cuesta sintió que se le paraba el corazón. Por un momento creyó haber saltado en el tiempo y en el espacio. Frente a ella, recortado contra un cielo lechoso, se erguía un antiguo templo egipcio. Pero no había viajado en el tiempo. Lo que tenía delante era un regalo, un símbolo de buena voluntad. Uno de los templos de Nubia, dedicados a Amón y a Isis, había sido transportado pie-

dra a piedra desde las tierras del desierto y ahora se ofrecía, sobre un promontorio, como atracción para turistas curiosos. Por las noches, los adolescentes se congregaban en torno a él para yacer sobre sus piedras milenarias, para honrar a los dioses con ritos de fertilidad nunca olvidados. No, los tiempos no habían cambiado tanto.

¿Dónde estaba el chico cuyos ojos le recordaban a Vojkan?

Su mirada recorrió los cuerpos que gozaban sobre la hierba. Caminó entre los jóvenes amantes. Una risa. Un entrechocar de vidrios. Un resplandor dorado en la noche.

El chico descansaba embriagado sobre la hierba.

—¿Sabes que la cerveza es la antigua bebida de los dioses? —la mujer se recostó junto a él, se mordió un labio como si todavía fuera una adolescente y se llevó la botella a los labios—. En la India la utilizaban para alargar la vida —añadió.

El adolescente soltó una carcajada.

—Ésa sí que es una buena excusa para beber, tía. Se lo diré a mis padres —su voz de ángel cabalgó unos instantes sobre el viento que transportaba los murmullos de las hojas y los susurros de los árboles.

Cerca de ellos se oían risas y gemidos de placer.

La mujer rozó la mejilla del joven y sonrió con dulzura al contemplar sus ojos. Uno de ellos tenía un ligero tono verdoso, el otro era de un intenso color azulado. Igual que Vojkan. Igual.

—Hay quien piensa que tener un ojo de cada color —la mujer apartó la mano del rostro del muchacho— es signo de brujería —dijo con una sonrisa pícaro.

—Ya lo sé —rió el joven acercándose a ella—. Todos me dicen lo mismo.

—¿Vives con tus padres? —la mujer alzó la botella y brindó por la luna.

—No. Me he independizado. Si quieres podemos ir a mi casa —el chico se incorporó y la agarró de la cintura con

manos fuertes y seguras. Ella movió las caderas. La cerveza corría por su garganta. Se desabrochó la camisa y la derramó sobre su pecho.

—Más tarde —gimió—. Primero honremos a Ninkansi.

—¿Quién es ésa? —preguntó él antes de lamer la cerveza que chorreaba por su piel.

—Una diosa del alcohol. Complace y colma los deseos, aplaca el ansia, desata los instintos— se sentó a horcajadas sobre él.

—¿Qué eres, tronca? ¿Profesora de Historia o algo así?

—Algo así —repitió ella—. ¿Quieres que te dé una lección?

—No hace falta. Ya sé todo lo que hay que saber —le chupó, le mordió el cuello y le llenó la boca con su saliva y su lengua.

Pasaron un par de horas sobre el césped. No llamaron la atención. Todo el jardín estaba floreciendo con amantes que se revolcaban en la hierba.

De pronto, entre las risas y los jadeos, un haz multicolor de luces rojas y azules los deslumbró. Parecía como si un centenar de hadas, molestas por su intromisión, chispearan a su alrededor intentando espantarlos. Pero sólo eran las luces de los coches de policía. Los pitidos estridentes de sus silbatos pusieron fin a la bacanal.

—¡Larguémonos de aquí! —el muchacho la agarró de la mano y la atrajo hacia sí.

La mujer lo rodeó por la cintura. Sus manos frías sintieron el calor de su cuerpo. No se había equivocado con él. El muchacho era lo que necesitaba aquella noche. La llenaría, la satisfaría.

—¡Corre! —el joven tiró de ella.

Se escabulleron entre los arbustos hasta llegar a un viejo callejón de escaleras sinuosas. Se apoyaron contra una pared. Otro grupo de jóvenes pasó corriendo junto a ellos.

—¡Vamos! —él le dio un beso en la boca, mezclando su saliva, llenándola de su sabor—. ¡No hay nada mejor que

cabrear a la pasma!

Y ella soltó una carcajada. Su corazón volaba lleno de vida, respiraba juventud. Sentía el viento golpear su rostro. Era un águila desafiando a los cielos. Casi podía recordar cómo era ser otra vez una niña salvaje de los bosques, libre, sin miedo.

Pronto los pitidos de la policía quedaron amortiguados por el ruido de los coches y la carrera se transformó en un paseo sosegado bajo las luces de neón que no dejaban ver las estrellas.

—¿Aquí es donde vives? —preguntó observando el edificio que se alzaba ante ella. Calle pequeña y oscura, suelos adoquinados. Todo el barrio transpiraba olor a antigüedad.

—Comparto piso con dos colegas, pero no nos molestarán —el chico sacó las llaves y abrió las pesadas puertas de hierro que lanzaron un chirrido quejumbroso.

Él se llevó un dedo a los labios. Caminaron de puntillas sin hacer ruido a lo largo de un estrecho pasillo hasta llegar a una habitación con ventanales a la calle. La luna llena iluminaba el dormitorio. Sin ningún cuidado, el joven apartó las camisas y pantalones que se amontonaban sobre la cama y con una sonrisa, de pronto tímida, la besó.

Al día siguiente, al despertar, ella lo contempló con ojos de vampiro. Él todavía dormía. Observó su torso desnudo y deslizó su mano sobre él, sintiendo la suavidad de su piel. Colocó la mano sobre su corazón, formando con sus dedos una estrella de cinco puntas, y escuchó su latido.

El dormitorio estaba atestado con pósters de futbolistas y diosas desnudas. Mujeres deslumbrantes y seductoras, de caderas rotundas, pechos enormes y bocas carnosas que prometían engullirte de un solo bocado. El armario estaba abierto de par en par y la ropa se acumulaba indolente sobre una mesa de ordenador. En cambio, libros y cds se mostraban pulcramente ordenados en una estantería. La

cama, como la mayoría de las habitaciones de estudiantes, no era más que un pequeño colchón sin cabecera.

—¿Todavía quieres más? —el muchacho abrió los ojos, sonrió y se despezó.

Ojos azules, ojos verdes, ojos rasgados. Los ojos de Vo-  
jkan. ¿Cuál es su nombre? La mujer no lo recuerda. ¿Cómo  
ha podido olvidarlo? ¿Tanto bebieron?

—Soy insaciable —jadeó ella cayendo sobre su cuello y  
deslizándose hacia su pelvis—. ¿Cómo te llamas?

—Trueno.

—¿Trueno es tu nombre? —la mujer se incorporó con in-  
credulidad.

—Es un mote del colegio.

Por eso ha olvidado su nombre. No se lo ha dicho. Los  
motes no sirven para nada. Ella continuó con sus besos, le  
sonrió, le acarició el pecho.

—Trueno es un buen apodo. Fuerte, poderoso, te prote-  
ge. Pero dime tu nombre real. El de verdad. El que te die-  
ron tus padres. Aquel con el que te conoce tu dios —dijo al  
sentir que no podía descubrir ni atrapar el nombre. Su aura  
lo protegía de ella.

Él volvió a reír con la risa inocente de los que no tienen  
malos sueños, de los que todavía no han vivido. Sentado  
sobre la cama encendió un pitillo, ladeó la cabeza, torció la  
sonrisa y exhaló el humo hacia el techo. Nada de lo que ha-  
cía conseguía ahuyentar la juventud de su rostro, el brillo  
de sus ojos, su sonrisa y sueños de niño.

—¿Para qué quieres saber mi nombre? —Trueno dio otra  
calada a su cigarro.

—Para leerte el futuro, por supuesto —la mujer le atrapó  
el dedo índice con la boca, lo apretó con los labios, lo chu-  
pó, lo lamió con voracidad. Él tuvo una nueva erección.

—¡Me has mordido! —el joven apartó la mano—. ¿Estás  
flipada o qué te pasa, tía?

Su dedo sangraba, muy poco, sólo unas gotas. La miró,  
receloso. Frunció el ceño. No entendía cuál era el juego

que le proponía aquella extraña mujer de cabellos negros y ojos de gata. ¿Cuántos años tendría? Por un momento pensó que la mujer era la más vieja que había conocido. Agitó la cabeza, confuso, y soltó una carcajada. Siempre había oído que a las tías mayores les iban los rollos raros.

Ella se pasó la lengua por los labios y lo miró como una gata a un gorrión.

—No ha sido nada. No te vas a morir. Deja que te lea la mano.

—¿No jodas que sabes leer el futuro? —el cigarrillo saltó de sus manos y cayó sobre las sábanas. Ella se echó a reír y lo tomó entre sus dedos.

—¿No te lo he dicho? —aspiró una calada antes de apagar la colilla en el cenicero de la mesita de noche—. Soy pitonisa, trabajo en un circo.

—¿El que se ha instalado a las afueras de la ciudad? —el chico la miró con interés—. Pensaba que eras profesora de Historia o algún rollo así.

—Es parecido —la mujer ronroneó, reptó sobre su cuerpo.

Él cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro.

—No voy al circo desde que tenía cinco años —musitó con nostalgia—. Sólo fui una vez —continuó entre jadeos—, antes de que mis padres murieran.

Ella no se sorprendió. La energía que él desprendía era intensa y vigorosa, revelaba una cercanía a la muerte que le otorgaba más potencia, más fuerza. ¿Desde cuándo no yacía con alguien así?

—Deberías regresar —le dijo. Un susurro en su oído, un mordisco en su lóbulo izquierdo, un lametón entre la clavícula y el cuello. Otro gemido. Ella cruzó la pierna por encima de su torso y le acarició con los dedos de los pies—. ¿Eres huérfano?

Trueno asintió mirando al techo. Ella le tomó la palma de la mano. Con el dedo índice recorrió las finas líneas de su

vida y le dijo que conocería el amor en un circo.

—¿Tú serás mi amor? —su amante se abalanzó sobre ella besando sus pezones.

—Soy demasiado mayor para ti —susurró con voz melosa—. Tu amor será joven, como tú —le agarró la cabeza para besarle en la boca, cerró los ojos y se dejó llevar.

Por la ventana, la luz de la luna ya se confundía con el resplandor del amanecer, alejando las sombras de la noche.

Más tarde, Trueno, todavía adormilado, se revolvió sobre las sábanas y entreabrió los ojos para verla vestirse con sigilo y abandonar la habitación sin decirle adiós, sin volver a preguntarle su nombre, y sin robarle el corazón.

—No me has dicho tu nombre —preguntó antes de que ella abriera la puerta.

—Irati —contestó ella sin volverse.

\*\*\*

Condujo a través de las desiertas carreteras hasta divisar el campamento. Stephano no tardaría en arrear a los pocos animales que les acompañaban. Siete caballos, dos elefantes, un león, un tigre, una foca y sus lechuzas. Casi no quedaban circos con tantos animales.

Descendió de su desvencijado automóvil y se apresuró a entrar en la *roulotte* donde se despojó de sus ropajes de leona depredadora. Se sentó en el tocador y, sin prisas, con la calma propia de una anciana, deslizó un dedo desde la sien hasta la barbilla para deshacerse de sus encantos. Uno a uno, todos cayeron frente al espejo. Primero su rostro quedó cruzado por las arrugas del tiempo, después fue su cabello el que se tornó blanco níveo y por último le llegó el turno a su cuerpo. Sus caderas y vientre se ensancharon, sus pechos se agrandaron. Bebió una última lata de cerveza y, satisfecha, se contempló en el espejo. No aparentaba más de ochenta años. Abrió la portezuela de su *roulotte* y con una leve cojera en su pierna derecha se integró en la

ruidosa y estrafalaria vida del circo que comenzaba a despertar.